

LA MONEDA DORADA



PRIMER RELATO DE
EL LEÓN DE AQUILONIA

HIRD
GUY 20

En los albores del tiempo, más allá del recuerdo compilado en los manuscritos de las olvidadas bibliotecas, hubo una era en la que los hombres habitaban reinos surgidos desde los cimientos de la ancestral Aqueron, compartiendo los sueños de sus hechiceros sumidos en letargos milenarios. Fue una edad en la que príncipes, vagabundos, soldados y traidores forjaron sus destinos guiados por la ambición de aliados capaces de invocar a temibles servidores ávidos de poder y almas.

Pero solo un hombre templó su destino guiado por su inquebrantable voluntad. Conan, el hijo de un herrero de la brumosa Cimmeria, recorrió a su antojo los Reinos Hiborios y derrotó a cuantos enemigos osaron alzarse contra él, tejiendo una leyenda que se extendió durante generaciones.

Esta es la recopilación de sus aventuras y de quienes lo acompañaron en una era de magia, superstición y acero...”

Extracto de *Las Crónicas de Dartios*.

EL LEÓN DE AQUILONIA I LA MONEDA DORADA

PABLO CARNICERO DE LA
CÁMARA

© Pablo Carnicero de la Cámara.

Extracto gratuito de la novela.

Revisión ortotipográfica:

Neftalí Lamolda (@neftali.bookstagrammer)

Revisión general: David López.

Puedes conseguir más información en mi web: [Pablo Carnicero Escritor](#)

Encuentra todas mis novelas en Amazon: [NOVELAS PABLO CARNICERO](#)

Todos los derechos reservados. Está prohibida la distribución y la reproducción total y parcial de la obra sin el expreso consentimiento del autor.

Capítulo primero

Conan observó de cerca la extraña moneda y sonrió. Su mirada azulada recorrió las confusas letras grabadas en el dorado metal, y sus dedos las recorrieron como si tratase de palpar algún extraño secreto. Con un gruñido de satisfacción, depositó el objeto en su bolsa de cuero y continuó devorando la pierna de cordero que lo aguardaba aún humeante. Bebió el mejor vino del que había disfrutado desde hacía tiempo, después de semanas aciagas e infortunadas repletas de saqueos frustrados y compradores poco honrados. Si bien era cierto que había logrado encontrar algún trabajo como mercenario a sueldo de uno o dos nobles de la ciudad, le sorprendía la capacidad de conspiración, engaño e intrigas a la que se había enfrentado en tan poco tiempo, de manera que envió al infierno a su último señor y decidió emplear sus habilidades en desvalijar a sus antiguos dueños y a sus aliados, amigos y enemigos. Aquella sociedad le parecía decrepita y débil, más propensa a la mentira, al pacto y al engaño que al compromiso y al honor, así que disfrutó con su nuevo cometido, aunque le reportara exigüos beneficios. Pero aquella noche había sido la más rentable: Motius, el dueño de la taberna y su contacto y confidente, le había informado que un comerciante importante deseaba hacerse con un puñal de gran valor, propiedad de otro acaudalado compañero de gremio. Conan no se esforzó en grabar el nombre ni de la víctima ni del comprador, pues el oro que le ofrecía Motius era de mayor interés. Fue sencillo internarse en la mansión y hacerse con el puñal sin levantar sospechas, y Motius cumplió su palabra con una bolsa bien nutrida de talentos corintios.

Pero el oro parece desvanecerse de entre las manos del cimmerico cuando lo consigue sin esfuerzo, y se unió a una ruidosa partida de dados que amenazó con aligerar el peso de su bolsa a una velocidad preocupante. Su suerte varió cuando una moza esbelta y morena, vestida con ropajes de calidad —que lo había observado durante toda la noche— se aproximó hasta él y le deslizó entre las manos la extraña moneda.

—Agradécemelo después, en mi habitación —susurró ella como respuesta a la mirada extrañada del bárbaro. Su voz era algo áspera, pero el tono era a la vez desafiante y divertido.

Este sonrió y asintió con la cabeza mientras admiraba a la mujer alejarse hasta su mesa, donde la aguardaba otro individuo. Su acompañante era un hombre de complexión delgada y rostro pálido y ojeroso, algo más joven que la muchacha y vestido también con ropas de calidad. A Conan le pareció sorprendente la ligereza con la que la moza había obrado bajo la mirada de su evidente marido —o amante—, pero encogió los hombros y bebió un largo trago de vino aguado antes de proseguir con la partida.

Y, por Crom, que su suerte mejoró, puesto que las siguientes rondas fueron tan afortunadas que desplumó a sus contrincantes de una manera asombrosa. Aplacó la mirada desconfiada de uno de ellos, un tratante de ganado britunio, apoyando con fiereza la mano en la empuñadura de su daga, y se dirigió hasta Motius para solicitarle su mejor vino y un buen asado en el lugar más tranquilo de la taberna. Aquella noche tendría dinero, buena bebida y comida... y, al parecer, tendría que mostrar su agradecimiento a una desconocida de turgente figura. Su suerte había mejorado de manera notable.

Tras dar buena cuenta del asado, Conan entró en el salón principal de la taberna, donde un grupo de individuos discutía acaloradamente en uno de los rincones mal

iluminados por los candiles humeantes. El fuego de una amplia chimenea bailaba en una de las paredes laterales y calentaba a un par de cansados viajeros que se habían dejado caer sobre sendos divanes desvencijados, muy próximos a sus lenguas bailarinas. El olor de la estancia era penetrante: una mezcla del sudor de los parroquianos, el sebo de las velas y el hierro que muchos de ellos cargaban en sus cintos. Vestía camisa y pantalones de lana no muy limpios, y su figura se destacaba sobre la de los presentes como un gigante venido del norte. Un largo cabello oscuro le caía sobre los hombros, y su rostro de facciones duras — a pesar de su juventud — y su mirada de un azul tan intenso como la hoja de una espada hyrkhanian le conferían una fiereza salvaje que contrastaba con la de los hombres más civilizados. Nadie lo obstaculizó mientras se aproximaba lentamente hacia el tabernero. Apoyó una mano en el pomo desgastado de la espada que colgaba de su grueso cinto de cuero y se detuvo frente a Motius.

— Esos bravos de ahí — dijo el posadero mientras señalaba al grupo — van a armar jaleo, deberías quedarte. El espectáculo será interesante...

Motius era un hombre alto y fibroso de mirada inteligente, pelo largo y grasiento salpicado por incipientes canas plateadas. Vestía ropas holgadas manchadas por el trajín del día, y se apoyaba sobre el mostrador de vieja madera desgastada sin perder de vista al grupo de rufianes.

— Esta noche no toca partir cráneos — bromeó Conan —. ¿En qué habitación se aloja la moza de pelo oscuro?

El rostro afilado de Motius esbozó una sonrisa socarrona.

— Ella y su acompañante se alojan en las dos habitaciones de la última planta: las más lujosas.

Conan respondió a la sonrisa con una mueca divertida.

— Vaya, se alojan en habitaciones diferentes...

Motius se cruzó de brazos. Al parecer, la intensidad de los gritos comenzaba a elevarse, y observó con interés a uno de los contendientes, quien amenazaba con desenvainar la espada. Los parroquianos habían comenzado a abandonar la estancia lentamente, alejados por los inminentes problemas que se avecinaban.

— Sí, al menos hoy no vas a tener que partírle el cráneo a nadie — añadió sin desviar la mirada del grupo alborotador —. Parece que la pareja no comparte habitación. Esta noche, Bel te sonrío, cimmerico.

Conan depositó un talento de plata sobre el mostrador y sonrió complacido.

— Yo también voy a sonreír a una diosa — fanfarroneó.

Se dirigió hacia la escalera de madera que ascendía hasta la tercera planta de la posada, donde dos puertas macizas se alzaban en un pequeño distribuidor mal iluminado por un candelabro metálico. Se detuvo indeciso mientras decidía qué puerta traspasar hasta que descubrió que una de ellas permanecía entornada. Comprendió que la moza había cumplido con su parte del trato. Traspuso la puerta con una sonrisa lasciva en el rostro...

— ¡Diablos de Crom!

El juramento había brotado de la garganta del asombrado bárbaro de manera inconsciente. El acero de su espada relució con rapidez en su mano diestra, y Conan se internó lentamente en la habitación con la tensión de un depredador en una emboscada. Ante él permanecía tendido en el suelo el cuerpo ensangrentado del acompañante de la muchacha con un espantoso orificio en el pecho. El rostro y sus articulaciones se habían congelado en muecas grotescas de un terror absoluto. El cimmerico comprobó que alguien había extraído el corazón del desdichado y la sangre había formado un denso charco que lo enmarcaba de manera sombría. Contuvo el aliento mientras registraba la estancia y descubrió un cofre pesado con ropajes femeninos en su interior. El mobiliario había sido destrozado, como si se hubiera producido un enfrentamiento violento en la estancia, y los jirones de los cortinajes del ventanal de la terraza se agitaban a merced de la brisa de la noche. La terraza era amplia y comunicaba con la estancia adyacente, la habitada por el fallecido, donde Conan descubrió los restos de un macabro ritual grabados en el suelo de madera. Apeataba a brujería, y se le erizó el vello al recordar sus recientes peripecias no muy lejos de allí, frente al Sacerdote Rojo Nabonidus... Odiaba la magia con todas las fuerzas que su naturaleza bárbara le permitían, pero comprendía que formaba parte intrínseca de aquella civilización decadente. Registró de nuevo ambas estancias y, tras no lograr encontrar rastro alguno de la muchacha de oscuro cabello, sintió que la cólera comenzaba a sustituir al miedo supersticioso que la escena le había provocado. Debería regresar a la sala común y buscar la ayuda de Motius, quien sin duda se haría cargo del cadáver sin vacilar — tras previo pago de un sustancioso soborno —.

Aquello no podía quedar así. No podía consentir que la criatura que había cometido aquel grotesco acto impío transitase por las calles libre de pena. ¿Habría formado parte de un complot para secuestrar a la moza? Descendió a la zona común con rapidez, donde los únicos parroquianos que aún se mantenían en pie continuaban con sus ininteligibles discusiones.

— Al parecer, eres tú el culpable de la frustración de varios de ellos — indicó Motius divertido —. No logran ponerse de acuerdo sobre el truco que empleaste para desplumarlos.

— Fue suerte, por Crom. — Conan encogió los hombros —. Pero dime, Motius: ¿Has visto en algún momento de la noche que hubiera dejado la posada la moza de la que hemos hablado hace no mucho?

Motius le dirigió una mirada algo confusa, pero negó con la cabeza.

— Imposible. Si hubiera salido, habría pasado por delante de mí y te lo habría avisado. ¿Tienes algún problema con ella?

Conan lanzó un gruñido y apretó los puños tratando de aplacar la cólera que le inflamaba el corazón. Era evidente que aquel que había cometido el brutal asesinato había raptado a la muchacha, y aunque en otra ocasión posiblemente habría optado por alejarse de los problemas, sentía que debía algo de gratitud hacia la mujer que le había entregado la moneda dorada.

— Luego te lo cuento — bufó con un resoplido —. Asegúrate de que nadie la visita, ni a ella ni a su acompañante.

El cimmericio abandonó la posada con el ceño fruncido.

Capítulo segundo

La puerta de roble macizo parecía estremecerse bajo los embates y el estruendo de un pequeño ariete. El rostro de uno de los sirvientes de la casa observó de manera hosca tras la cancela de la puerta al extraño visitante, pero no tardó en abrir el portalón.

—Entrad, señor —dijo mientras le flanqueaba el paso.

Conan accedió al pequeño recibidor apenas iluminado por un candil que portaba el sirviente. Este, un negro kushita casi tan corpulento como el cimmerico, cerró la puerta tras él con diligencia.

—Necesito hablar con Draconius —indicó Conan con voz grave—. Y, por Crom, tráeme una jarra de vino, que tengo la garganta seca.

El sirviente lanzó una rápida mirada a la camisa desgarrada y teñida de sangre de Conan. Inclino la cabeza y lo condujo hacia una pequeña alcoba iluminada por el fuego de una chimenea. El recién llegado tomó un asiento y se aproximó hasta la cálida lumbre. Aún conservaba las manos manchadas de sangre, así que se limpió con fastidio en los pantalones.

—Por Ishtar, pareces salido de una pocilga —protestó una voz a su espalda.

Era un hombre alto y ligeramente obeso, de rostro ovalado y mirada penetrante y oscura como las sombras que se extendían en el exterior. Vestía una amplia túnica azulada de terciopelo ceñida por un cinto dorado. Conan se incorporó con un gruñido y le arrebató la jarra de barro que portaba.

—Hay jugadores que tienen mal perder —informó después de saciar su sed—, y esta noche he tenido que ajustar cuentas con algunos de ellos. No les gustó que los despojara de sus caudales y, cuando salí de la posada para venir a tu encuentro, me persiguieron. Los muy imbéciles pensaron que podrían conseguir en los callejones lo que no habían logrado en la mesa de juego...

—No es grato que un bárbaro con aspecto poco instruido te gane en el civilizado juego de los dados —añadió Draconius divertido—. Pero mucho me temo que ese asunto no te ha traído hasta mi casa a estas horas de la noche.

—No, ese no es el asunto, por Crom —concedió Conan con la mirada iluminada—. Debes acompañarme, necesito tu ayuda.

—¿En qué avispero te has metido para necesitar mi ayuda con tanta celeridad? —inquirió Draconius mientras recuperaba la jarra de cerámica.

Conan se dirigió hacia la puerta con decisión. Mostraba en el rostro un gesto de tensión y preocupación.

—Vamos, te lo contaré cuando lleguemos a la posada. Recuerda que me debes un favor...

—Lo recuerdo bien, bárbaro insolente —protestó Draconius, obedeciendo a su acompañante—. Solo dame un momento para ordenar a mis esclavos que nos acompañen;

transitar por la ciudad a estas horas es peligroso... ¡No todos somos fieros guerreros como tú!

La mansión de Draconius se encontraba construida en lo alto de una colina de suave pendiente que ofrecía una hermosa visión de la zona. La ciudad-Estado de Acalia, una más del conglomerado que formaban la nación de Corintia, poseía una importante actividad comercial como punto de encuentro de las diferentes rutas comerciales entre las montañas. Las edificaciones se desparramaban sobre las pendientes de cinco colinas sagradas, desde donde los templos dedicados a Ishtar, Mitra y Bel atraían a las mansiones de granito y mármol de los ciudadanos más acaudalados. La luz plateada de las estrellas iluminaba las avenidas principales mientras las sombras de los callejones más humildes protegían a pequeños grupos de ladrones y ramera al acecho de caminantes ebrios y descuidados. Pero Conan y sus acompañantes no admiraron la hermosa panorámica que la orografía les mostraba, pues recorrían las sombras de la ciudad con apremio espantando a los ciudadanos menos respetables que osaban aproximarse a un grupo tan peligroso, pues dos esclavos kushitas tan corpulentos como el gigante cimmerico escoltaban a Draconius.

La posada se encontraba en silencio cuando Conan y sus acompañantes hicieron acto de presencia. Motius, visiblemente fatigado, saludó con un gruñido a Conan y dirigió una mirada curiosa a sus acompañantes.

—Mi amigo y yo vamos a subir a las habitaciones de la última planta —informó Conan con voz grave—, y tú nos acompañarás. Necesito tu ayuda.

El grupo ascendió por la escalera con rapidez. El tabernero lanzó un bufido aterrado cuando Conan abrió la puerta de la habitación de la muchacha y mostró el macabro escenario. La sangre se había coagulado tanto en el dosel de la cama donde yacía el cadáver como en el suelo alfombrado.

—¡Por Ishtar y Bel! —clamó Motius mientras observaba los daños ocasionados en la alcoba—. ¡Mi mejor habitación! ¿Qué ha sucedido?

—Es lo que mi amigo y yo vamos a tratar de averiguar —replicó Conan. Su tono de voz áspero y seco parecía calmado, como si el terror que se mostraba ante ellos ya lo hubiera asimilado—. Tienes mi palabra de que yo no he tenido nada que ver con el asunto.

Draconius no mostró sorpresa al descubrir lo sucedido, y ahora recorría la estancia escudriñando cada rincón del lugar como un sabueso tras un rastro imperceptible. Permaneció un largo instante estudiando los restos del extraño dibujo grabado en la madera del suelo; después se aproximó hasta un dedo de distancia del cadáver y lo escrutó con atención.

—Márchate —ordenó Conan mientras apoyaba el pesado brazo derecho sobre el hombro del tabernero—. Los acompañantes de mi amigo seguro que agradecerán una jarra de vino templado. No tardaremos en bajar, y entonces podrás limpiar todo este desaguisado. Me imagino que no tendrás interés en airear lo que hoy ha sucedido, y tendríamos que contestar a demasiadas preguntas si llega a oídos de la guardia.

Motius lanzó un último vistazo al cadáver contrahecho y asintió con la cabeza, visiblemente más sereno.

—Si vais a quedaros con su oro —añadió antes de girarse hacia la puerta—, no olvidéis guardar mi parte; alguien tendrá que pagar los daños.

Conan ahogó una risotada que rebajó la tensión de la estancia. No se encontraba nada cómodo ante los efectos de la brujería, pero la presencia de Draconius, un hombre de extraordinario conocimiento y con quien había desarrollado una extraña camaradería, lo tranquilizaba. Incluso la actitud codiciosa del tabernero también había contribuido a tal fin.

—La bolsa del desgraciado está intacta —indicó Draconius con cierta indiferencia mientras probaba una pizca de la sangre coagulada en el suelo—. He contado las monedas, pero no me interesan.

Se incorporó lentamente y se detuvo junto al cadáver para examinarle una de las manos. Señaló los dos anillos que relucían engarzados en los dedos retorcidos y quebrados antes de continuar:

—Prefiero quedarme con sus enseres personales.

Conan sonrió. Ambos se dirigieron a la estancia contigua, donde se alojaba el fallecido.

—En cuanto a lo que ha sucedido en esta alcoba —añadió el sabio con voz meditabunda. Había comenzado a pasear por la estancia con la cabeza inclinada, como si deseara extraer de su memoria algún lejano recuerdo—, nos encontramos ante un seguidor de la Cábala de la Luz Trémula, un grupo de brujos que se reúnen en Mesantia, amparados por el noble Ampliendes y que recorren los diferentes reinos prestando sus servicios a quien esté dispuesto a pagar por ellos. Este ritual se ha empleado en invocar a un Dyakhee, un demonio que habita uno de los infiernos cósmicos a eones de distancia de nosotros. Pero para invocar a un ser tan poderoso es necesario realizar el correspondiente hechizo de atadura, puesto que de lo contrario el ser conjurado no se encontrará en la obligación de obedecer a su invocador. El demonio mató al brujo y se llevó a la doncella.

—¿Por qué no la mató también? —inquirió Conan con curiosidad.

Draconius se detuvo junto a la cama y se inclinó para investigar el suelo. Extrajo un pequeño arcón de madera ribeteada y sonrió.

—Solo los Dioses Primigenios pueden contestarte, cimmerico —dijo con un brillo intenso en la mirada—. Pero mucho me temo que el destino que aguarda a la muchacha pueda ser mucho más aciago que el de su acompañante.

Conan lanzó un bufido colérico.

—Los Dyakhee habitan lugares húmedos, oscuros y solitarios —prosiguió su compañero, incorporándose con el pesado objeto entre las manos—. Veo en tu mirada que ardes en deseos de encontrar su paradero, así que quizá debas dirigirte hasta la Cisterna de Maltias, en la Sexta Colina, más allá de los muros. Es un lugar de acceso sencillo para el demonio y lo suficientemente alejado y solitario para esconderse.

El rostro de Conan se endureció y le brilló la mirada, inflamada por la cólera.

—Yo regreso a mi biblioteca —añadió Draconius mientras observaba el objeto—. Tengo curiosidad por investigar lo que contiene este arcón protegido por algún artificio mágico. Acude a verme mañana por la noche y podré informarte del resultado de mis pesquisas...

El sabio guardó silencio al descubrir que su compañero ya había abandonado la estancia.

La oscura silueta trepó la muralla norte como una sombra llevada por la mano tenebrosa de la noche. Más allá de los muros, se arracimaban las casamatas y chabolas de los ciudadanos más pobres entre las ruinas de antiguas villas deshabitadas. La noche era fría. Conan se cubría con una espesa capa de lana lo suficientemente amplia como para no entorpecerlo. Una cólera profunda se le había desatado en el interior, pues su naturaleza salvaje se rebelaba ante el destino aciago que aguardaba a aquella mujer desconocida. Quizá, conocedora del peligro en el que se encontraba, le habría entregado la moneda para solicitarle ayuda o protección ante el demonio que su hermano se proponía invocar. O posiblemente le habría rogado que pusiera fin al ritual. Lamentó haber tardado más de la cuenta, demasiado tarde para la pareja. Aun así, era consciente de que se dirigía al encuentro de una bestia invocada por magia oscura, lo cual le provocaba un miedo ancestral casi inconsciente. En realidad, no le importaba demasiado el destino de la muchacha ni los estragos que el Dyakhee podría ocasionar: sentía curiosidad por observar de cerca a aquella bestia y por escuchar la voz de la muchacha una vez más. Y, si lograba apartarla de aquella aberración, seguro que se lo agradecería cálidamente.

Se detuvo ante las amplias paredes de la cisterna. Era un edificio circular construido en piedra grisácea ajada por el inclemente paso del tiempo. Conan, tras despojarse de la capa y depositarla enrollada debajo de una piedra pesada, se aventuró al interior del recinto a través de una abertura. Allí reinaba una atmósfera húmeda y fría, pues un amplio tanque circular había recogido las aguas de las lluvias recientes. La luna mostraba algunos retazos de las ruinas con su luz plateada y se asomaba al estanque, creando reflejos traicioneros. Se internó en silencio vigilando sus pasos y evitando las zonas más iluminadas del lugar. Un sollozo no muy lejano lo alertó, pero decidió no desenvainar la espada, ya que un reflejo traicionero podría revelar su presencia. Escuchó un sonido similar al batir de unas alas gigantescas y se ocultó tras una pesada viga. Asomó la cabeza y percibió que una forma se aproximaba hasta la gran piscina circular con paso lento y pesado, como si caminar no fuese su medio de transporte más cómodo. La luna mostró por fin el aspecto del demonio, y los músculos de Conan se tensaron a la vez que se le erizó el vello. Ante él bebía de la poza un gigantesco ser, similar a muchas criaturas que Conan había conocido en su vida. El cuerpo alargado de un insecto gigantesco cubierto de escamas poseía un par de alas membranosas como las de un murciélago de tamaño ciclópeo. Se sostenía sobre dos pies palmeados y se apoyaba mientras bebía sobre brazos grotescos como las patas de una espeluznante abeja. Pero su quijada era alargada y huesuda como la de un caballo llegado desde el infierno cósmico y poseía un extraño pico cóncavo similar al de un ave carroñera. Su mirada revelaba una inteligencia primitiva capaz de albergar un pensamiento similar al de un simio. Alzó la mirada y comenzó a olfatear el aire. Conan musitó una blasfemia y se escondió detrás de la columna. Un sudor frío le había cubierto el cuerpo y la camisa se le pegaba al pecho como

una segunda piel. Desenvainó la espada lentamente y volvió a echar un vistazo a la poza, pero no encontró al demonio. Contuvo el aliento y un presentimiento salvaje lo obligó a girarse en el momento en el que una figura oscura se abalanzaba sobre él desde lo alto de la cisterna. Esquivó el golpe con la agilidad de una pantera, y el Dyakhee impactó contra la columna, derribándola con estrépito y arrojando una peligrosa lluvia de polvo y cascotes. El demonio había desaparecido de nuevo. Conan alzó la mirada para descubrir que su enemigo se encontraba asido sobre una de las vigas de madera carcomida del tejado. ¿Cómo había podido ejecutar un salto como aquel sin que Conan lo hubiera descubierto?

— Ven a mí, insecto del demonio — gruñó Conan con voz grave. Necesitaba expresar su odio y desprecio ante un ser invocado por la magia, a sabiendas de que no lo entendería — . Ven a mí, miserable, y comprobarás que no soy un muchacho desvalido y huesudo. Si estás hecho de carne, podrás sangrar...

El ser replicó con un chillido agudo y se arrojó de nuevo sobre Conan. Desplegó las alas membranosas y detuvo la caída de súbito un instante antes de impactar contra Conan. Una de las patas ejecutó un giro imposible de detectar y desgarró el costado del cimmerico antes de que este retrocediese. El ser alado se posó torpemente sobre el suelo y se agazapó, disponiéndose a realizar un nuevo salto para encaramarse en el tejado. Conan se anticipó y le mostró que no era el único ser en aquel lugar capaz de realizar proezas sobrehumanas. Amagó con la espada un golpe sobre uno de los pies palmeados de su enemigo y, cuando observó que este agachaba el rostro desfigurado para atacarlo con el pico afilado, se giró hacia él y saltó sobre su cuello con la agilidad de una pantera. Al momento, ejecutó un arco centelleante que desgarró el cuello del demonio y le arrancó un alarido similar al de una gigantesca bandada de cuervos. Un brote de sangre verdosa comenzó a manar de la herida.

— Así que puedes sangrar — se jactó Conan con un resoplido. La herida del costado le dolía como si un millar de agujones se retorciesen en su interior, pero lo ignoró con un enorme esfuerzo.

El Dyakhee lo observó con un brillo cargado de maldad en la mirada y retrocedió lentamente. Parecía que comprendía que se enfrentaba, en efecto, a un ser diferente a los débiles humanos que habían sido pasto de su inagotable ansia a lo largo de los últimos eones. Aquel diminuto ser humano poseía un agujón afilado y era rápido e inteligente. Lanzó un berrido grave cargado de odio y frustración en dirección a Conan y volvió a desplegar las alas. Se agazapó de nuevo y, antes de que Conan reaccionara, ejecutó un poderoso salto que lo devolvió a lo más alto de la cisterna, pero en esta ocasión sus alas revolotearon y lo alejaron del lugar, elevándose hasta perderse en la lejanía. Conan se apoyó en la espada y recobró el aliento durante un largo instante. El gemido de la mujer le llamó la atención, así que se dirigió hacia ella con paso tambaleante. La tensión del enfrentamiento se había desvanecido y ahora sus músculos comenzaban a acusar el tremendo desgaste que había supuesto el enfrentamiento contra el demonio. La herida sangraba no muy profusamente, pero necesitaba atención urgente si no quería debilitarse en exceso. La muchacha se había incorporado y aguardaba apoyada contra una de las paredes de la cisterna. Lanzó un grito cargado de emoción al descubrir la gigantesca silueta del bárbaro al que había conocido en la posada.

—Tranquila, muchacha —dijo Conan con toda la ternura que su espíritu áspero y salvaje era capaz de mostrar en una situación como aquella—. Vengo a devolverte el favor de la moneda..., ¡pero por Crom que me ha sido difícil llegar hasta ti!

Ella lo abrazó entre sollozos de felicidad, pero temblaba, aterida de frío.

—Me llamo Yasmina, y os conozco, mi señor: sois Conan el cimmerico, uno de los ladrones más hábiles del reino...

Sus labios resecos y fríos se aproximaron al rostro de Conan, pero este reaccionó apartando el rostro con delicadeza.

—Este no es el lugar más adecuado para mostrar tu efusividad. Vayamos a la posada, necesito curarme la herida y descansar.

—Yo os curaré la herida —replicó ella con el rostro sonriente—. Guardo en mi habitación todo lo necesario, pues en mi patria he cuidado a los guerreros heridos tras la batalla.

Abandonaron la cisterna lentamente, y Conan recuperó su capa de lana. Yasmina era una joven de piel algo oscura y tersa como la seda, mirada color miel y largo cabello azabache alborotado y sucio. Vestía la túnica con la que había conocido a Conan en la posada, pero había perdido el cinto y parecía una vulgar vagabunda más que una misteriosa viajera acaudalada. Al cabo de unos minutos, ella se detuvo junto a un recodo ruinoso, tomó a Conan entre los brazos y lo besó apasionadamente. El bárbaro era un hombre de gran estatura, pero ella apenas necesitó alzarse sobre las puntillas de los pies para atraerlo hacia sus labios. Después de un instante de confusión, la moza se detuvo y se giró temblando. Tomó asiento sobre un murete y le dio la espalda a Conan, con las manos entrelazadas de manera nerviosa.

—¿A qué ha venido todo esto? —inquirió Conan, algo aturdido.

—Me avergüenzo por mi torpeza —replicó ella sin girar el rostro. Su voz parecía rota por un llanto contenido—. Pero me temo que ya nada puedo hacer. Mi hermano ha sido asesinado por un demonio enviado por uno de los enemigos de mi padre...

Conan se rascó la cabeza, pensativo. Se aproximó hasta ella y se sentó a su lado.

—Ese bicho venido del éter te ha perdonado la vida —dijo con tono suave.

El rostro de la muchacha se contrajo por una mueca de dolor y rabia. Observó sus largos dedos entrelazados y ligeramente temblorosos.

—Soy Yasmina de Valantia, y mi hermano y yo acudimos a Acalia para cumplir con el trato que nuestro padre cerró con el noble Valeo. Debíamos entregar una notable suma de oro a cambio de un antiguo libro que poseía en su biblioteca. Pero esta mañana, Valeo varió el trato: deseaba pasar una noche conmigo antes de entregarnos el libro...

—Conozco a Valeo —gruñó Conan con aspereza—, y es de naturaleza traidora. Su sentido del honor es discutible entre los mayores rufianes que he conocido.

—Por ese motivo me acerqué a ti en la taberna.

Yasmina fijó la mirada en él y habló con mayor entereza. Un brillo en los ojos le iluminó el hermoso rostro moreno.

—Eres el mejor ladrón de la ciudad, y, por añadidura, conoces la mansión del rufián Valeo...

—Crom se reiría si me estuviera observando ahora mismo —suspiró Conan con fingida decepción—. Me había hecho una idea diferente de lo que deseabas de mí...

Yasmina sonrió y posó una mano cálida sobre el antebrazo del bárbaro.

—Por desgracia, mi hermano tomó una decisión completamente desacertada —interrumpió con pesar—, y lo pagó con su vida. ¿Cómo regresaré a casa sin el libro y con el cadáver de mi hermano en un carromato?

Comenzó a sollozar hasta que Conan la rodeó con el brazo izquierdo:

—Valeo es indigno y un rufián; y por una buena suma de oro robaré el libro, muchacha. Así regresarás al menos con algo entre las manos, aunque el dolor por la pérdida de un hermano debe de ser terrible.

—Lo es, Conan. —Ella giró el rostro y lo besó con dulzura; eran besos salados, mezclados con las lágrimas de la muchacha, que enternecieron el rudo corazón del cimmerico.

Este se incorporó y se despojó de la capa. Rasgó el faldón y con la improvisada tira se vendó la herida que le punzaba el costado. Yasmina lo auxilió con delicadeza, y el roce de su cuerpo con el de Conan aceleró el corazón de este último. Acto seguido, la cubrió con la capa y se ajustó el cinto y el vendaje. Su camisa desgarrada mostraba unos músculos poderosos, y sonrió al descubrir una mirada furtiva de admiración por parte de Yasmina.

—Tienes mi palabra de que al alba tendrás el libro entre las manos —dijo con firmeza—. Si es un objeto valioso, creo saber dónde lo guarda Valeo. Trabajé para él como capitán de su guardia durante un tiempo; conozco la mayoría de los lugares donde podría esconderlo. Ahora debes regresar a la ciudad y convencer a algún idiota de la guardia para que te acompañe a la posada. Yo tomaré un camino diferente.

—Cuando regreses, tendrás tu oro... y mucho más —contestó ella con una sonrisa pícaro.

Conan no necesitó más, y con el corazón inflamado por el deseo, se internó en la espesura con paso rápido y sigiloso. La última conversación que había mantenido con Valeo no había sido cordial, y habría robado el libro sin recibir pago alguno solo por perjudicar a aquel perro traidor. La moza de rasgos morenos y cabello sedoso le ofrecía una recompensa mayor que la que cualquier moneda de oro pudiera pagar. Avanzó como una pantera silenciosa entre las ruinas y casamatas del exterior de las murallas y trepó el muro con facilidad en uno de los sectores menos vigilados. En su niñez, había ascendido por paredes mucho más escarpadas y dificultosas que aquel muro de piedras encajadas. Se dejó caer con agilidad sobre el suelo polvoriento de la ciudad y prosiguió su camino hacia la cuarta colina, donde en su falda sur se levantaba la lujosa mansión de Valeo. Ni siquiera un gato habría levantado menos ruido que el sigiloso avanzar de sus botas, y los rufianes que aguardaban en algunos rincones poco iluminados apenas percibieron aquella sombra que se escurría entre ellos.

Capítulo tercero

La mansión del noble Valeo era un amplio edificio cuadrado construido en mármol y piedra, ambos materiales extraídos en las fértiles canteras de las montañas. Estatuas, tapices y columnas primorosamente decoradas adornaban cada rincón de los tres pisos que se alzaban con elegancia frente a un recinto ajardinado. Un grueso muro de piedra lo aislaba de las interferencias del exterior como si de un pequeño castillo incrustado en la ciudad se tratara. La familia de Valeo había ocupado en el pasado posiciones de alta responsabilidad en el gobierno de la ciudad, obteniendo gran posición y riquezas, pero también coleccionando enemigos poderosos que ambicionaban ocupar su puesto en el salón del Consejo de la ciudad. Conan fue contratado tiempo atrás para liderar la guardia de Valeo, pero fue grande la decepción del cimmerico al comprobar que protegía a un ser corrupto, vil y traidor; de manera que abandonó su cargo, granjeándose la enemistad de su antiguo señor. Por ese motivo, el cimmerico ascendió por el muro de la mansión con una sonrisa burlona en el rostro y se fundió con las sombras que poblaban el jardín circundante al edificio principal. Conocía las rutinas de la guardia, de manera que eludió en todo momento un encuentro infortunado con antiguos camaradas, ya que estimaba a algunos de ellos. Deseaba estrangular a Valeo, pero no a sus hombres. Aunque si alguno de ellos se cruzaba en su camino...

Se detuvo junto a la fachada sur, al nivel de las despensas y las cocinas de la mansión. Allí existía una trampilla oculta que conducía hasta uno de los túneles que horadaban los cimientos del recinto, ofreciendo una vía de escape segura y secreta. Alguno de sus tramos conectaba con túneles procedentes de otras edificaciones y confluían en un laberinto de oscuridad. Forzó la trampilla con un fuerte tirón. La madera crujió. Descendió lentamente los escalones de piedra envuelto en las sombras, pues no encendió una de las antorchas dispuestas para iluminar el camino. Lo conocía de memoria, ya que había escoltado a Valeo en un puñado de ocasiones y recordaba perfectamente su itinerario. Un recodo dividía el camino en dos direcciones opuestas, y no dudó en girar hacia el este. Avanzó en dirección a los cimientos de la mansión guiado por el tacto de las palmas de las manos apoyadas contra las paredes. Varios metros más allá, palpó la superficie sólida de un grueso portalón que tanteó hasta encontrar una gruesa argolla. La giró y un sonido seco indicó que una cerradura había sido accionada. Empujó la pesada puerta, como ya había procedido en otras ocasiones, y caminó hacia una estancia subterránea. El suelo mostraba un mosaico multicolor y el techado era de mampostería tallada. Tapices polvorientos cubrían las paredes y el débil destello de una pequeña vela mostró el rostro ajado de un anciano reclinado sobre un grueso libro situado en un escritorio. Parecía enfrascado en su tarea e ignoró al recién llegado. A su alrededor, las formas inmóviles de numerosos objetos de valor incalculable parecían estatuas acechantes. Conan había visitado aquella estancia junto a Valeo, aunque en la mayoría de las ocasiones permanecía de guardia en el exterior. Era consciente de que en aquel lugar secreto protegía sus posesiones más valiosas, y era evidente que el libro que ansiaba Yasmina era una de ellas.

Un fuerte aroma acre invadía la sala. Conan observó al individuo situado frente a él: el anciano recorría con el dedo índice izquierdo las páginas del libro y garabateaba con la mano derecha sobre otro manuscrito casi al unísono. La pluma rasgaba el pergamino de manera mecánica, aunque se detuvo al percibir la llegada de Conan. Un rostro arrugado se alzó en su dirección, pero su mirada parecía velada.

—Loada sea Mitra —dijo con una voz rota y seca como la de un árbol moribundo—. Sin duda alguna, habéis venido hasta aquí para aligerarme de mi pesada tarea...

—Vengo a llevarme el libro, en efecto —asintió Conan con firmeza—. No os opongáis, anciano, pues nada tengo contra vos. Pero os juro por Crom que, si conjuráis alguna hechicería contra mí, mi acero...

El viejo alzó una mano enjuta, acallando así las palabras del cimmerico.

—No voy a oponerme, ladrón de baratijas —repuso con entereza—. En verdad, me habéis librado de una pesada tarea, pues Valeo me encerró en este húmedo lugar con la encomienda de copiar este libro de hechicería y muertes insondables. Mi mente sufre torturada por el nefando saber que ofrecen estas páginas...

Cerró el libro lentamente. Era un formidable ejemplar encuadernado en cuero oscuro como el carbón, pero Conan no mostró gran interés en sus características. Extrajo una bolsa de tela que portaba colgada en bandolera e introdujo el objeto en su interior.

—Hacedme un favor, ladrón de baratijas —dijo de nuevo el anciano—: Dadme una muerte rápida e indolora, pues el tormento que me aguarda cuando Valeo descubra el robo será terrible.

—No asesino a ancianos indefensos —repuso Conan con un gruñido—, y vos no me habéis ocasionado daño alguno. Pero si deseáis abandonar este pútrido lugar, no os lo reprocharé...

El viejo asintió lentamente con la cabeza decrepita y se incorporó. Vestía una túnica raída, aunque de rica factura. Conan se colgó de nuevo la bandolera sobre los hombros y tomó al anciano entre los brazos. Apenas pesaba algo más que Yasmina.

—Daos prisa, ladrón de baratijas —apremió su carga con un susurro—, pues presiento que Valeo no tardará en visitarme, y sin duda alertará a todos los hombres armados de la mansión.

Conan vaciló un instante: el botín que podría lograr con algunos de los objetos allí presentes le podría financiar una larga estancia de lujos y placeres, pero una palmada del viejo en el hombro lo obligó a desechar la idea. Debía huir de inmediato, por lo que no podría cargar más tesoros que los que llevaba a cuestas.

La carga era liviana, y cuando Conan trepó con una sola mano sobre el muro de la mansión, la mirada del viejo brilló de admiración. Accedió a la calle silenciosamente y se fundió entre las callejuelas con notable habilidad. Se detuvo al cabo de un largo trecho y depositó al viejo en el suelo con suavidad.

—He podido escudriñar vuestra alma a través de vuestra mirada salvaje, Conan el cimmerico —dijo el viejo mientras era depositado en el suelo—. Sois en verdad un hombre excepcional, al que la civilización apenas ha esculpido una pequeña muesca en su molde salvaje y primigenio. He descubierto la nobleza de los hombres de antaño y el ansia de vivir que solo un salvaje del norte posee en su corazón. Como pago a vuestro servicio, os ofrezco un vaticinio, pues tal ha sido mi cometido durante décadas en los salones de los reyes más poderosos de la civilización: sufriréis largos pesares y tormentos, pero cuando la madurez os ofrezca la necesaria sabiduría, seréis un rey poderoso y justo como ningún otro lo ha sido.

Pero debéis alejaros de la hechicería negra que contienen libros como los que acabáis de sustraer y, en la medida de lo posible, deberéis perseguirla, pues este oscuro y ancestral poder os amenazará con mayor denuedo cuando vuestra cabeza ciña una corona. Ahora marchaos, ladrón de baratijas.



THIRD
GUY₂₀

Conan se alejó con un gruñido. No creía en los augures ni los adivinos, aunque en las tribus de Cimmeria abundaban hombres similares al que había acabado de dejar atrás. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar que, en muchas ocasiones, aquellos hombres sabios de su tribu no erraban en sus predicciones... y el recuerdo de una predicción similar realizada por una bruja poco tiempo antes terminó por espolearle las piernas cansadas. Necesitaba terminar con aquella locura cuanto antes.

Regresó a la habitación de Yasmina en la taberna. Motius había empleado sus recursos para recomponer la habitación de la muchacha, borrando todo rastro de la terrible violencia sucedida horas antes. Esta abrió la puerta como respuesta a los golpes secos y potentes del bárbaro y lo abrazó alborozada. El cuerpo de la muchacha era firme y cálido, de estatura mucho más elevada que el de la mayoría de las mujeres de su raza. El corazón del bárbaro comenzó a latir con rapidez.

— Por Crom, sí que sabes dar buenas bienvenidas — afirmó mientras tomaba asiento junto a la mesa principal. Allí había dispuesta una fuente repleta de dátiles y otros frutos suculentos a los que atacó con igual fiereza que a la bestia de la cisterna.

Yasmina vestía una fina túnica de seda suelta y caminaba descalza sobre la renovada alfombra de la estancia. El fuego de la chimenea bailaba en su hogar, arrojando una calidez embriagadora.

— Ahí tienes tu libro, muchacha. — Señaló la bolsa que había depositado a sus pies — . Espero que cumplas con tu palabra...

Ella tomó la bolsa con rapidez y el rostro se le iluminó de alegría. Lo depositó de vuelta en la bolsa y señaló hacia un pequeño aparador situado junto a la cama.

— Allí tienes tu pago, bárbaro — replicó imitando la voz de Conan a modo de burla.

El aludido bebió un largo trago de una jarra metálica, se incorporó pesadamente y lanzó una mirada de satisfacción a Yasmina tras comprobar el contenido de la bolsa.

— Es un pago muy generoso, por Crom. Debe de ser un libro muy valioso...

La mirada de Yasmina refulgió de satisfacción y abrazó al bárbaro desde la espalda mientras lo despojaba de la raída camisa. Acto seguido, deshizo el vendaje ensangrentado y acarició el pecho de Conan suavemente.

— Tiéndete en la cama — ordenó con dulzura —, debo curarte esa herida.

El gigante bárbaro obedeció con la docilidad de un mastín que acompaña a su dueño. Observaba a la muchacha con una mirada salvaje cargada de lujuria y deseo. No sentía el cansancio de una larga jornada cargada de penalidades, ni tan siquiera la herida del costado. Su instinto primitivo se había impuesto a la razón, y tan solo anhelaba tomar a Yasmina. Ella se aproximó hasta la chimenea y tomó una jarra de barro situada en uno de los extremos. Vertió un líquido carmesí humeante en una copa y se tendió junto a Conan, con la mirada fija en sus ardientes ojos acorazados:

— He preparado este brebaje que te ayudará a sanar la herida — dijo con voz rasgada y seductora.

El bárbaro bebió sin desviar la mirada del hermoso rostro de Yasmina. El corazón le palpitaba con fuerza, seducido por la embriagadora belleza de la muchacha. Esta sonrió y percibió que el pecho del bárbaro se estremecía. Conan cerró los ojos y se relajó. Una cálida oscuridad comenzó a tomar su mente mientras percibía las caricias de Yasmina alrededor del cuerpo. Emitió un leve gruñido cargado de placer y lujuria para sumirse en un pozo insondable de tierna oscuridad.

La luz del alba comenzó a iluminar los tejados de la ciudad en el exterior, alejando las frías sombras de una noche cargada de violencia y magia negra. Pero en la estancia más lujosa del Gigante de Hielo, la noche aún reinaba entre los abrazos cálidos de los amantes...

Conan agarró el cuello del individuo con una rapidez y brutalidad sobrehumana. Reconoció al sirviente kushita de Draconius, pero no soltó la presa. Una mueca de odio se le había dibujado en el rostro, y el recién llegado trató de zafarse sin éxito de la presa de hierro del cimmerico.

— Mi... señor... — balbuceó el siervo, asfixiado.

Conan abrió la mano y lanzó una mirada a su alrededor. Anochecía en el exterior, y el fuego de la chimenea se había extinguido hacía largo tiempo. Yacía desnudo en la amplia cama enredado en una sábana y se desperezó lentamente. Hacía frío. El estómago le rugía hambriento.

— ¿Dónde está Yasmina? — inquirió con voz ronca. Sentía la boca seca y pastosa. Parecía que un tambor retumbaba en el interior de su cabeza. Se palpó la herida del costado, como si todo lo sucedido en la noche anterior no hubiera sido más que una alucinación, pero una aguda punzada le confirmó que no había protagonizado ningún sueño.

— Estáis solo, mi señor — replicó el siervo mientras trataba de recuperar el aliento.

Conan se incorporó de un salto y revisó la estancia. En efecto, Yasmina había partido durante el día sin despedirse de él. Gruñó molesto mientras buscaba algún resto de la cena anterior, pero, excepto la cama donde él había descansado, la estancia parecía limpia y recogida; como si nadie hubiera pasado la noche allí. Encontró sus ropas, manchadas por la actividad de la noche anterior, y se rascó la cabeza, preocupado:

— No creo que seas un ladrón — gruñó con fastidio —, pero si descubro que has tenido algo que ver con la desaparición de mi bolsa de oro, te cuelgo de los intestinos sobre la puerta de tu señor.

El kushita lo observó en silencio. Vestía ropas de lana humildes y se cubría por una espesa capa, pero era evidente que no ocultaba nada.

— Crom debe de estar riéndose de mí a carcajadas — musitó Conan con resignación —. Al menos, esa ladrona embaucadora no ha encontrado útil llevarse mi espada, ¡diablos!

Sentía una decepción mayúscula, pero no la exteriorizó. Apretó los dientes con fuerza mientras se calzaba las botas desgastadas de cuero. Maldijo su funesta suerte y el momento en el que se dejó seducir por la ramera de rostro moreno. Descendió la escalera lentamente detrás del sirviente de ébano e interrogó al tabernero sobre el paradero de Yasmina.

—Se marchó acompañada por un puñado de soldados extranjeros —dijo, encogiéndose de hombros—. Pagó los desperfectos de la noche con generosidad y nos ordenó que no te molestáramos.

El cimmerio lanzó un bufido.

—Vamos, kushita, tengo que hablar con tu señor —dijo con voz grave—. Tengo algunas preguntas que hacerle.

—Mitra sabe que deberías estar muerto —observó Draconius con voz suave, a modo de reprimenda—. Esta herida habría partido en dos a un hombre normal...

Conan respondió con un gruñido y sonrió ligeramente. Ambos se encontraban en el interior de un salón no muy amplio iluminado por numerosos candiles y lámparas de pie metálicas. Sobre las mesas de madera oscurecida por el tiempo y el uso, yacían apilados perfectamente ordenados numerosos legajos de aspecto polvoriento y amarillento. En las estanterías de las paredes, objetos de aspecto extraño salpicaban las colecciones de libros cuidadosamente dispuestos. Cuatro pequeños respiraderos proporcionaban suaves bocanadas de aire limpio. El suelo alfombrado con motivos geométricos de diferente colorido le proporcionaba al lugar una atmosfera de exótica sabiduría. Draconius trató los terribles zarpazos que surcaban el costado del cimmerio con un ungüento espeso carmesí y lo protegió con un vendaje de lino limpio.

—Pero no eres un hombre normal —replicó, burlón—, eres un cimmerio testarudo y algo inocente que se ha dejado engañar por una moza de taberna. Tu botín de la noche pasada ha sido una herida causada por un demonio y una bolsa vacía de oro... ¡Excelente!

Conan se incorporó lentamente y tomó una jarra metálica. Su aspecto era imponente: un gigante de músculos de acero esculpidos por el cincel de una civilización bárbara y ancestral. Su rostro era de facciones suaves pero fieras, iluminado por una mirada de brillo azulado y enmarcado por una melena oscura como una noche de invierno. Se dejó caer sobre una silla de madera y bebió un largo trago de la jarra. Luego, tras depositar el recipiente sobre la mesa, se aproximó hasta el cálido abrazo de la chimenea.

—Los habitantes de este país tienen la extraña costumbre de invocar a criaturas mágicas para hacer el trabajo por ellos —protestó con voz ronca—. En apenas poco tiempo, me he topado con un hombre-mono gigante al servicio de un brujo escarlata, aprendices estúpidos que invocan murciélagos gigantes... ¡Por Crom! ¡Si la civilización emplea la magia de esta manera, no me extrañará nada que termine devorándose sola!

—La magia ha existido desde los albores de los tiempos —aseveró Draconius con sutileza—, pero me temo que no has venido hasta mí para que te vende esa herida y para que escuche tus lamentos.

Conan se giró, como si se hubiera liberado de los brazos de un ensimismamiento.

—¿Qué has averiguado de los objetos que te llevaste la pasada noche?

Draconius se aproximó hasta una de las mesas y tomó uno de los legajos que yacía sobre ella:

—El Dyakhee contra el que peleaste procede del exterior de nuestro mundo, y ha sido invocado con una hechicería impía. No se trata de uno de los dioses a los que adoramos en nuestro mundo: es el servidor de una entidad superior y terriblemente poderosa, a la que le irrita sobremanera que los débiles humanos se inmiscuyan en sus asuntos. El difunto hermano de Yasmina cometió un error en la invocación del demonio y lo pagó muy caro. Pero, si conoce este hechizo, es evidente que su señor puede poseer el conocimiento de invocar entidades superiores.

—No me gustaría volver a cruzarme de nuevo con ese insecto gigante — interrumpió Conan—. ¿Es posible que busque a Yasmina de nuevo?

Su compañero negó con la cabeza.

—Estas entidades, y el Dyakhee es una entidad con un poder minúsculo comparado con el de sus señores, acostumbran a devorar los sacrificios que sus adoradores les ofrecen. No creo que nada lo ate a nuestro mundo, y el recuerdo de tu aguijón seguro que lo espoleará para que regrese a su lejano hogar. Es posible que ya no sea una amenaza.

El bárbaro tomó de nuevo la jarra y volvió a beber de manera distraída.

—Pero me preocupa mucho el libro que has entregado a Yasmina — prosiguió Draconius—. He investigado, y me temo que se trata de un grimorio que esconde poderosos rituales destinados a las invocaciones de estos Señores Cósmicos. Nuestros dioses empalidecerían comparados con el inmundado poder que estas entidades poseen.

—Ya me ha quedado claro, mago — protestó Conan con un gruñido—. No me gusta la magia, y el motivo por el que acudo a ti es porque eres el único que conozco que la emplea de manera juiciosa. Pero por Crom que, si vuelves a mencionar a esos seres repugnantes, perderé la paciencia.

Draconius sonrió.

—No soy un mago, ni un hechicero, ni un brujo —objetó con tono divertido—. Soy un sabio, bárbaro ignorante. No empleo la magia porque no me interesa pagar el tributo que tales conocimientos exigen. Por eso has acudido a mí: porque conozco lo que tu salvaje mente no podría ni siquiera imaginar.

La mirada de Conan chispeó azuzada por las palabras del sabio.

—Soy un bárbaro ignorante que ha mandado de regreso a su planeta a uno de esos demonios que tanto pavor te provocan —se jactó—. ¿Qué habrías hecho tú, sabio?

Draconius sonrió y alzó las manos como si deseara poner fin a aquella conversación poco inteligente. Conan le devolvió la sonrisa, pero esta le desapareció del rostro al comprobar que ya no le quedaba vino. Se dejó caer sobre otro de los sillones y cruzó las manos sobre el pecho, aguardando una nueva y aburrida charla de su compañero.

—Creo que debería hablar con Valeo —dijo de improviso—. Necesito saber algo más sobre la misteriosa y taimada Yasmina.

—¡Por fin escucho algo interesante por tu parte! —elogió el sabio—. Pero por Mitra que no consentiré que vagues por esta ciudad como un vulgar ratero. Te prestaré algo de ropa y tomarás un baño; te guste o no. Luego podrás visitar a Valeo, y veo en tu mirada que partirás a reclamar lo que esa moza de taberna te ha arrebatado. Si es así, te ofreceré tanto oro como el que te ofreció Yasmina...

Conan se incorporó con energía.

—No comprendo el motivo por el que te interesa tanto ese libro. Si es cierto que no practicas la magia, no debería interesarte...

—Precisamente por ese motivo deseo que esté alejado de manos peligrosas: para esconderlo en el rincón más inaccesible. Algún lunático podría pretender usarlo como arma, y en ese caso el daño sería terrible.

Conan palmeó la espalda del sabio con afecto antes de abandonar la estancia negando con la cabeza. No comprendía a los hombres civilizados...

Capítulo cuarto

La cámara era amplia y lujosa, presidida por un lecho de sábanas de seda y dosel de terciopelo repujado. La luz de una vela traspuso la puerta de roble y, tras cerrarla con llave, el recién llegado encendió un pequeño candil ubicado en una mesita cercana. Las sombras se alejaron tenuemente, y Valeo descubrió alarmado una silueta recostada en uno de los rincones de la estancia. Abrió la boca para alertar a los guardias, pero la voz que escuchó le heló la garganta:

—Si das la voz de alarma, te parto el cuello con mis propias manos —dijo Conan.

Vestía una cota de malla ligera y pantalones y botas de cuero. Reclinado sobre un sillón de terciopelo, sostenía su espada entre las manos con un gesto amenazante. Los ojos le brillaban como dos gemas aceradas. El recién llegado guardó silencio. Vestía camisa y pantalones de seda violácea ribeteados con hilo dorado. Además, una hermosa cadena de oro le colgaba del cuello. Sus dedos enjoyados depositaron el candil sobre la mesa lentamente. Era un hombre de mediana edad, de complexión delgada, no muy alto y de rostro altivo.

—Maldito seas, bárbaro traidor —bufó—, es la segunda ocasión en la que entras en mi mansión de manera impune. Hoy no saldrás vivo de ella...

Conan replicó con una risotada insolente.

—No seas memo. Hoy no he venido ni a robarte ni a matarte, a no ser que me obligues.

—¿Y qué deseas de mí? —dijo el noble con voz alterada—. ¡Habla y márchate!

—Te robé un libro por encargo de una moza llamada Yasmina.

Valeo masculló una maldición en voz queda y apretó el puño con rabia.

—¡Esa zorra shemita es más peligrosa que un cubil de serpientes!

—Eso me ha parecido a mí también —afirmó Conan—. Y ella opinaba algo similar sobre ti, así que me parece que me muevo en terreno movedizo. Me dijo que su padre había concertado un precio por el libro, pero decidiste añadir al pago pasar una noche con ella.

Valeo guardó silencio. Conan se incorporó y corrió las cortinas que ocultaban un amplio ventanal. La luz plateada de la luna se derramó en la estancia, apartando las sombras que aún se extendían en ella.

—Quiero saber el nombre del padre de Yasmina y el lugar en el que se esconde.

Valeo tomó asiento y trató de calmar la respiración. Transpiraba de manera copiosa, ya que, aunque el bárbaro le había prometido que no había acudido allí para asesinarlo, era consciente de que si lo desairaba, aquel gigante

cimmerio era capaz de partirle el cuello con una sola mano y desaparecer en las sombras como lo haría una pantera en la noche.

—El hombre por el que preguntas se llama Raveh de Anakia, y es uno de los hombres más poderosos de Anakia, en Shem. Al parecer, Raveh ha llegado a un acuerdo con un extraño hechicero y precisa el libro como pago por sus servicios... Su ambición es enorme, así que creo que tratará de alzarse con el control de la región con la ayuda de su aliado. Pero, después de acordar el pago, recibí una información muy valiosa sobre el libro, así que decidí cancelar el acuerdo y elevar la suma...

Conan contrajo el rostro furioso y musitó una maldición en voz queda. Era evidente que el engaño había sido completo, y él había caído en la trampa como un estúpido conejo. El aspecto de Yasmina revelaba que era de origen shemita, y no de Valantia como ella afirmaba. La pasión y el deseo de poseerla le habían nublado la mente como a un necio.

—Y la mujer a la que llamas Yasmina es Najya de Urh, una espía mercenaria que trabaja para Raveh —añadió Valeo—. Su compañero era un aprendiz de hechicero llamado Ramel, quien debía autentificar el libro.

Conan lanzó una última mirada a Valeo y se giró con aspereza hacia el ventanal. Un instante después, desapareció en silencio para internarse de nuevo en la noche de Acalia, donde los hombres esconden secretos y mentiras, y las mujeres desconocidas tienden redes más tupidas que las arañas.

Pero Valeo era un hombre ambicioso, y la visita de Conan le había proporcionado una información muy valiosa. Si el bárbaro se encontraba tras el rastro de Najya, habría una posibilidad de recuperar el libro y obtener una suma aún mayor por su venta. Se limpió el sudor con un pañuelo de lino y se dirigió con premura hasta la planta inferior, donde ordenó a los guardias que custodiaban la casa que avisaran al capitán, Marco. Aguardó en su habitación, donde había ordenado a los siervos que dispusieran vino y algunas viandas. Marco era un soldado veterano de las guerras fronterizas de Turán, de manera que no le sorprendió la repentina llamada de su señor. Vestía ropas de algodón debajo de una coraza de placas articuladas, ceñía espada al cinto y su rostro, arrugado y surcado por una fina cicatriz en el pómulo derecho, ofrecía una expresión dura.

—¿En qué puedo servirlos, mi señor?

Valeo había escanciado algo de vino templado y lo degustó un instante antes de responder a su capitán:

—He tenido una entrevista muy interesante con Conan, tu predecesor —dijo con serenidad—. Me reveló información muy valiosa. Creo que os conocíais de hace tiempo, así que debo dar por sentado que no acostumbra a faltar a la verdad.

—Es un bárbaro —replicó Marco con rudeza—, pero no es un mentiroso, a pesar de no comprender la mayoría de nuestras leyes y tradiciones.

—Por ese motivo lo despedí. —Valeo depositó la copa y observó al soldado con fijeza—. La pasada noche, como bien sabes, aprovechó sus conocimientos de esta mansión y nos robó un extraño libro por encargo de la mujer shemita que acudió a negociar su venta. Al parecer, ella lo engañó, y creo que va a seguir su pista como un lobo rabioso. Es preciso que reúnas a un grupo de hombres de confianza y acudas a Anakia, adonde seguramente partirá esta noche Conan. Te daré información más precisa de tu misión, pero si la cumples con éxito, serás un hombre muy rico.

Marco titubeó un instante antes de asentir lentamente con la cabeza. Saludó a su señor con respeto y abandonó la estancia con premura. Conan era un hombre muy peligroso, y en el caso de que descubriese que ellos marchaban detrás de él, sus vidas no tendrían ningún valor; debía obrar con mucha sutileza y no dejarse llevar por la precipitación. La elección de sus acompañantes era crucial.

¿Qué te ha parecido lo que has leído hasta ahora? ¿Te apetece acompañar a Conan el cimmerico en sus aventuras? Te advierto que el resto de los relatos son adictivos y no vas a poder parar de leer.

Si te apetece seguir leyendo, puedes encontrar más información [aquí](#).